

In Memoriam Mario Baeza Gajardo

Somos muchos los que pensamos que, así como podemos decir que en música la primera parte del siglo XX se puede denominar Era de Domingo Santa Cruz, en la segunda mitad hay nombres que brillan por encima de todos. Uno de ellos es el de Mario Baeza Gajardo. Un nombre que evoca su lema: "Para que todo Chile cante".

Conocí a Mario en la década de los 50 y al visitar la sede del Coro de la Universidad de Chile, me llamó poderosamente la atención una frase que repetía: "Nuestra alma florecerá en canción". En efecto, Mario hizo cantar a un país que antes de él era silencioso. Su aporte gigantesco lo llevó del Coro de la Universidad de Chile a muchos otros, culminando una etapa con el notable Coro de la Universidad Técnica del Estado. Recuerdo que organizamos con él memorables conciertos de Cantatas que terminaron con la Pasión según San Juan bajo la dirección de Juan Pablo Izquierdo.

Un capítulo que no se ha resaltado suficientemente fue el no-

table Festival de Coros de América de 1965, realizado en Viña del Mar. Este evento, enteramente ideado por Mario, permitió por única vez en Chile el encuentro de innumerables coros chilenos y extranjeros que nos visitaron. Sólo en esa oportunidad se unieron la totalidad de las orquestas chilenas del norte, centro y sur del país. En largas jornadas, el público pudo presenciar las más grandes obras sinfónico-corales, junto a muchos coros a *capella*, ya que no había suficientes orquestas para el número de agrupaciones participantes. Por una vez, en esa ocasión, la música se convirtió en principal protagonista del quehacer nacional.

Cuando antes de 1973 efectuábamos continuas giras al exterior con la Orquesta de Cámara de la Universidad Católica, siempre nos llamaba la atención en pequeñas ciudades de México y otros países latinoamericanos, encontrar escrito en bambalinas "Aquí estuvo el Coro de la Universidad Técnica del Estado dirigido por Mario Bae-

za". Esa es otra faceta poco conocida de la calidad de embajador musical de Chile que tuvo Mario durante muchos años. Después del 73, pudimos admirar su brillante obra a cargo del Grupo Cámara Chile, que nació por su afán incansable de difundir la música en todas partes con todos los medios a su alcance y sin fatigas de ninguna especie.

Otro de sus méritos fue —en los años 80— trabajar incansablemente para que Claudio Arrau recibiera el Premio Nacional de Arte, pese a muchas oposiciones derivadas de su radicación en el extranjero y de sus ideas sobre la situación política de esos momentos en Chile. Mario cumplió su objetivo y posteriormente, junto a otros entusiastas, fundó la Corporación Arrau, entidad cultural importante en el medio nacional.

Hace pocos días, la colectividad israelita le rindió un homenaje con ocasión de los 50 años del estreno del Oratorio "El Rey David" de Honneger, una de sus más importantes realizaciones como director del Coro de la Universi-

dad de Chile. A propósito de esos años, Mario me llamó hace tres semanas para decirme: "Me gustaría que para despedir el milenio hiciéramos una gran producción de «El Mesías» cantado en castellano a fines de 1999. Esta función debería realizarse con todos los coros de Santiago y, además, sería la conmemoración del concierto en que se hizo por primera vez «El Mesías» en castellano en Santiago". De inmediato le manifesté mi disposición a colaborar en esta iniciativa, que con su ausencia adquiere una significación todavía mayor: la de homenaje a su perseverancia, tesón y coraje.

Para concluir estas líneas, debo citar otras palabras de Mario: "A propósito de Dios, se habla mucho de su Unidad, Verdad y Bondad. Poco se habla de su Belleza". El rindió un permanente homenaje a esta Belleza de Dios.

Sus profundas creencias iluminaron nuestra vida musical y nos dieron un ejemplo que no podremos olvidar y, a la vez, un rumbo al cual deberemos ser fieles.

Fernando Rosas.